

Libros

Fernando Botero Herrera

Estado, nación y provincia de Antioquia. Guerras civiles e invención de la región, 1829-1863.

Medellín, Hombre Nuevo Editores, 2003, 198 pp.



Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia

Recientemente se ha dado un notorio incremento de la historiografía referida a las guerras civiles del siglo XIX en Colombia, como si la intensificación del conflicto armado contemporáneo hubiera estimulado la formulación de nuevas preguntas al pasado sobre una ya prolongada y estrecha relación entre la política y la guerra en el país. Este esfuerzo de interrogar al pasado remoto tiene sentido si se evita la inclinación de tomarlo como la explicación automática de los sucesos del presente, si se sortea el riesgo de verlo con los ojos deslumbrados por una cotidianidad excesivamente iluminada por los hechos de la guerra y, sobre todo, si se superan innumerables debates historiográficos con el aporte de nuevos datos o enfoques.

Entre las obras publicadas al respecto se encuentra *Estado, nación y provincia de Antioquia. Guerras civiles e invención de la región, 1829-1863*, del

sociólogo y economista de desarrollo Fernando Botero Herrera. El libro se refiere a la formación de la identidad y la región antioqueña y al papel que en este proceso tuvieron las guerras civiles, en un periodo que, como se advierte, no carece de importancia y de complejidad por los aspectos que se asocian con él, tales como la formación del Estado, los “partidos políticos”, las regiones y la identidad nacional.

En la introducción del libro, que figura a su vez como primer capítulo, Botero Herrera plantea una manera teórica y metodológica para abordar el tema. Siguiendo las indicaciones de destacados autores que han explorado la relación entre la guerra y la formación del Estado en Europa (Charles Tilly) y el problema de la configuración de la región y la nación en la Nueva Granada (Germán Colmenares), el autor se pregunta por las relaciones que se estable-

cen entre aquellos, por las formas de identidad regionales y nacionales, y por el momento en el que se hacen conscientes; también se cuestiona por los lazos de unión o desunión regional y nacional, por el papel que juegan las primeras coaliciones de intereses (“partidos políticos”) en torno al poder y por el lugar de las ciudades en la formación de una identidad regional (pp. 16, 17). En el centro de estos procesos, el autor sitúa como eje central a las guerras civiles que siguieron a la Independencia, las cuales, en su opinión, “fueron de gran importancia” en la formación de la región antioqueña. En su perspectiva, “la clave” del “particularismo” de Antioquia durante el siglo XIX residiría en una ecuación cuyos componentes son la participación de Antioquia en las guerras, las derrotas sufridas en el entorno nacional en esos mismos conflictos y el triunfo militar en la provincia, que permitió la instauración de un régimen conservador; a todo esto agrega una intensa actividad económica (p. 24).

Lo llamativo de esta propuesta es que cuestiona algunas tesis que sobre el tema habían formulado Jorge Orlando Melo, Doris Wise y María Teresa Uribe de Hincapié. El argumento que se critica en el libro sostiene que en la primera mitad del siglo XIX, las guerras civiles habrían tenido un bajo impacto en la región antioqueña, que la élite se habría caracterizado por tener un proyecto político y civilista demostrando mayor interés en los negocios y en el desarrollo

regional que en la política y en los conflictos que de ella se derivaban, y que sólo habría participado activamente cuando atentaron contra los intereses regionales. Aunque el autor admite que aquellos investigadores “muestran algunas particularidades [de Antioquia] que tienen algo de verdad”, dice que en esas tesis hay una lectura teleológica y determinista de la historia regional en tanto, de un lado, dan por sentado la existencia de un proyecto político pacifista en la élite regional desde la Independencia y, del otro, reducen “de manera simplista la política a los intereses económicos” (p. 23).

Botero Herrera sostiene, por el contrario, que la guerra estuvo presente en el entorno de la “proto-región”, que incidió decisivamente en ella, en la medida en que su unidad y cohesión fueron, en buena parte, el resultado de las derrotas militares en los conflictos que se siguieron a la Independencia de España; que la élite tuvo una experiencia activa en estas confrontaciones y que no fue tan indiferente como se ha mencionado. Considera, entonces, que la guerra, “por la vía negativa”, habría sido importante en la conformación de Antioquia como una región conservadora, en su “ensimismamiento y repliegue culturales”, en la cristalización de perfiles políticos e ideológicos dominantes y en el empeño tenaz de la población y de la élite gobernante por lograr desarrollo económico y acumulación de riqueza (p. 19). Por lo demás, para el profesor Botero,

la participación regional en esas guerras civiles sería una prueba “de la relativa autonomía de la política en determinados momentos” y “una refutación del determinismo económico para entender la política” (p. 23).

El segundo capítulo, titulado “La guerra y la formación de la región”, comprende el periodo que va desde la guerra de Independencia hasta el levantamiento de José María Córdoba contra Bolívar en 1829. El relato de algunos hechos referidos a la reconquista de Antioquia, comandada por el coronel Francisco Warletta, sirve al autor para cuestionar la idea según la cual la élite antioqueña habría tenido desde entonces una “actitud conciliatoria” expresada en “acuerdos políticos”. Dice Botero Herrera que ante la imposibilidad de ofrecer una resistencia armada a la reconquista, no hubo “otro remedio” para los antioqueños que pagar las fuertes contribuciones que impuso Warletta. Así, para el autor, esa búsqueda de soluciones políticas, entendidas como un “proceso típicamente político para resolver los asuntos que consiste en lograr acuerdos con el enemigo” (p. 28), no se dio, sino que, como Antioquia carecía de capacidad militar y era débil políticamente, tuvo que apelar al oro de sus mineros –que sí importaba a los españoles– para evitar una reconquista sangrienta.

El mismo capítulo aborda hechos ocurridos durante los primeros años de vida republicana, con el fin de estudiar la percepción de algunos actores de la re-

gión sobre la guerra, los efectos que ésta ocasionó para la población y la manera como incidió en la formación de la región y en su “mentalidad” frente a las guerras civiles (p. 40). Sin embargo, se concentra en el caso de la rebelión de José María Córdoba contra Simón Bolívar en 1829, en el posterior levantamiento de Salvador Córdoba contra los gobiernos centrales de Urdaneta y de Marquez, así como en la trama de lealtades y fricciones que generaron, pues considera que, en tales hechos, se puso en evidencia la actitud ambigua, timorata y poco comprometida de las élites de la región. Así mismo, documenta las dificultades que enfrentaron las autoridades para el reclutamiento y el pago de empréstitos forzosos, y reitera el tema de las desventajas que para las actividades mineras y comerciales representaba involucrarse en las confrontaciones armadas.

El tercer capítulo, “Sables y casas negras”, es el más breve de todos y se ocupa de las relaciones entre militares y civiles, y cómo sus luchas fueron dando forma a identidades y lealtades políticas, aunque “efímeras”, flexibles y cambiantes. Para ilustrar estos aspectos, se retoman los hechos en los que el militar Salvador Córdoba se enfrentó con el poder civil, especialmente el debate sostenido en 1831 contra el rionegrero, santanderista y rico comerciante de tabaco Francisco Montoya, Prefecto de la Provincia de Antioquia. Este debate se dio a propósito de una solicitud de Córdoba de conformar un batallón antioqueño

para apoyar las fuerzas de Quibdó, reincorporadas al Estado de la Nueva Granada, y para resistir una eventual invasión de Ecuador (pp. 88 y ss.). Además de constatar las diferencias existentes entre los santanderistas antioqueños (los Montoya, por un lado, y Salvador Córdoba, por el otro), el autor señala que en esta situación se demostró “la indiferencia” de la élite antioqueña frente a las hostilidades, iniciada por el general Flores contra el Cauca (p. 92).

En el cuarto capítulo, “Competencia por el poder y guerra de los Supremos”, desarrolla su argumento sobre la pugna por el poder entre civiles y militares, escenificada, esta vez, en la guerra de los Supremos. Se remonta a las discusiones entre Bolívar y Santander, describe en qué consistía la competencia por el poder entre estas dos figuras y alude a las camarillas o grupos que se fueron conformando en torno de ellas, con el fin de demostrar, una vez más, que no hay línea de continuidad entre aquellos y los partidos conservador y liberal, respectivamente (pp. 104-106). También describe las alianzas políticas previas a la guerra de los Supremos y la manera como ésta se desarrolla, desde el momento del cierre de los conventos en Pasto hasta el posterior levantamiento de caudillos regionales en todo el país.

Un acápite se refiere a la guerra de los Supremos en Antioquia, desarrollada entre mayo de 1840 y mayo de 1841. En él reseña las diferencias entre la élite y Salvador Córdoba, las razones y el

proceso del distanciamiento definitivo con el santanderista Obispo Juan de la Cruz Gómez Plata, así como la adscripción de algunos sectores populares al jefe militar de Rionegro. Para documentar su exposición se apoya principal, pero no exclusivamente, en las anotaciones de doña María Martínez de Nisser, testimonio que si bien es de enorme utilidad, apenas expresa la posición “de una señora distinguida de Sonsón” —como lo advierte el mismo autor—, en relación con la guerra, con Córdoba y con las huestes que éste comandaba (p. 116). De esta descripción extrae varias conclusiones: por una parte, que sí había diferencias importantes entre los “partidos”, mas no una filiación automática entre comerciantes y liberales, por un lado, y entre conservadores y terratenientes, por el otro; por otra parte, que en Antioquia, la guerra de los Supremos dividió a la sociedad en dos bandos, pero que la derrota y muerte de Salvador Córdoba ayudó a “inclinarse la balanza del lado del conservatismo” y en oposición de los sectores populares que acompañaron a Córdoba; finalmente, en contra de lo que sostiene Jorge Orlando Melo, dice que el contenido ideológico subyacente en estas confrontaciones no fue tan pobre, pese a que los “partidos políticos” todavía tenían líneas de separación tenues y diferencias ideológicas poco pronunciadas (p. 133).

A partir de tales descripciones, respaldadas principalmente por fuentes primarias publicadas y por documentos

del Archivo José Manuel Restrepo, el autor afirma que como resultado de las experiencias desafortunadas de las guerras emprendidas por los hermanos Córdoba y de las derrotas sufridas por los conservadores antioqueños posteriormente (en la guerra de 1851, en la de 1860-1861 y en la de 1876), se llegó paulatinamente, “por la vía del ensayo-error”, a una actitud y a una práctica específica en relación con la guerra. Esto quiere decir, desde su perspectiva, que “no hubo un proyecto consciente” desde la Independencia sino que “con el tiempo” se llegó a una posición con respecto a la guerra. Así mismo, que tales experiencias “fueron creando cierta distancia [que no debe exagerarse] frente a la política partidista nacional y una actitud defensiva pero nunca inactiva, que buscaba –sin lograrlo del todo– cada vez proteger a la región y sobre todo a su élite de otro fracaso militar, con todas sus secuelas económicas y políticas” (p. 22).

En el quinto capítulo se estudian las transformaciones regionales en Antioquia, la forma como Medellín llega a ocupar un lugar político y administrativo central, y las razones que expusieron las élites locales para oponerse a este predominio, algunas veces latentes en los argumentos que se expusieron durante las guerras civiles de mediados del siglo XIX. Según el autor, en la provincia de Antioquia, desde que se realizó la Independencia, existieron “fuerzas centrífugas” en Santa Fe de Antioquia y en Rionegro, que se expresaron, por lo menos hasta 1856,

con el fin de demandar el control político administrativo de sus zonas de influencia y erigirse en provincias autónomas con gobernadores independientes de Medellín (p. 136). En el texto se describen y documentan estas rivalidades, y se explica la manera como se asociaron a las confrontaciones armadas de los Supremos y de 1851 (p. 141). En este contexto, el autor explica la división de Antioquia en las provincias de Medellín, Antioquia y Córdoba, realizada por los liberales con fines electorales, así como la activa participación de la primera en la insurrección nacional comandada por Eusebio Borrero, apoyada localmente, entre otros, por Pedro Antonio Restrepo y Rafael María Giraldo. Por último, se refiere a los cambios constitucionales de 1853 y 1856, que abrieron las puertas al federalismo, experiencia político administrativa mediante la cual Medellín impuso definitivamente su predominio, incluyendo en él zonas tan importantes del Estado como la del suroeste.

Aunque el autor reconoce que el texto es “apenas exploratorio y provisional”, llama inmediatamente la atención del lector por la dimensión de las cuestiones que trata y por los debates que propone. Sin embargo, pese a la documentación que exhibe, la argumentación expuesta es útil para iniciar esas discusiones, pero no suficiente para probar la validez de su hipótesis, que, por otro lado, no deja de ser sugerente, sobre todo considerando que durante los últimos años se ha avanzado significativa-

mente en los estudios sobre las guerras civiles y los ejércitos, y sobre su papel en la configuración de las identidades políticas y del Estado en la Nueva Granada.¹

La primera observación pertinente, de orden formal, se refiere a algunos aspectos que no demeritan el esfuerzo investigativo, pero sí inciden en la lectura del libro. En varios pasajes la redacción es descuidada y contiene anotaciones irrelevantes o que bien pudieron ir a pie de página, porque en el texto producen una interrupción en el relato y en la argumentación del autor, por ejemplo el apartado sobre Milles Frecchette (pp. 12, 13), donde se refiere a Sucre (p. 94), a las elecciones de 1848 y a Mariano Ospina Rodríguez (p. 108). También hay extrapolaciones de relativo interés, como el debate acerca de la división de la provincia en el siglo XIX y las recientes tendencias mundiales de fortalecimiento de las identidades locales (p. 153); se introducen algunas reflexiones aisladas sobre límites con el Chocó (pp. 161, 162); ciertos pasajes del libro se repiten, como donde Mariano Ospina Rodríguez se refiere a Obando (pp. 107 y 117) y donde alude a las razones por las que el pueblo de Sonsón se alió con Córdoba en la guerra de los

Supremos (pp. 120 y 131), y se pueden apreciar unas citas extrañamente presentadas (pp. 119 y 157).

Otra observación es de tipo metodológico. Las “orientaciones trazadas” por Charles Tilly pueden ser útiles para entender algo de nuestro pasado y del proceso de formación del Estado en el siglo XIX, pero se debe recordar que las guerras que dieron forma a los Estados europeos, las sociedades que se sometieron a su autoridad y las instituciones que se formaron como consecuencia fueron de una índole muy diferente a las existentes en la Nueva Granada durante el periodo posindependentista. Mientras las guerras europeas condujeron a una centralización del poder y, en efecto, a la formación del Estado, las guerras en la Nueva Granada limitaron tal centralización, consumieron enormes recursos del Estado, no formaron un ejército nacional fuerte, dieron lugar a un Estado caracterizado generalmente como “débil” y “famélico” y contribuyeron a la escisión de amplios sectores de la sociedad neogranadina. Tampoco sobra recordar la afirmación de Gonzalo Sánchez, según la cual, la historia de Colombia no se reduce a las guerras ni éstas a las accio-

1 Véanse, por ejemplo, Clement Thibaud. “Formas de guerra e identidades políticas. La guerra de Independencia (Venezuela y Nueva Granada, 1810-1825)”. *Análisis Político* No. 45. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, enero-abril de 2002; Georgés Lomné. “Una ‘palestra de gladiadores’. Colombia, 1810 a 1828: ¿guerra de emancipación o guerra civil?”. En: Gonzalo Sánchez y María Emma Wills Obregón (compiladores). *Museo, memoria y nación. Misión de los museos nacionales para los ciudadanos del futuro*. Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000.

nes militares, advertencia que, por lo menos desde una perspectiva, obliga a los investigadores sobre el tema a pensar más allá del furor de los acontecimientos y la espectacularidad de las noticias de la época que nublan el horizonte con la supuesta omnipresencia de la guerra en la vida de las personas y de las nacientes instituciones republicanas. Por último, es conveniente advertir que las guerras civiles del siglo XIX en la Nueva Granada fueron diferentes cada una y que se desarrollaron en un periodo en el que la provincia de Antioquia estaba experimentando, al mismo tiempo, procesos demográficos, sociales, económicos y culturales no siempre asociados directamente con aquellas, pero que incidieron fuertemente en su formación, cohesión e identidad como región.

Según el autor, la participación regional en las guerras civiles sería una prueba “de la relativa autonomía de la política en determinados momentos” (p. 23). Esta es una afirmación insoslayable aunque de difícil interpretación por la ambigüedad que introduce la palabra “relativa”, pero, aún así, se puede tomar como exagerada. Una cosa es insistir en la crítica a las lecturas socioeconómicas subyacente en buena parte de la historiografía política del siglo XIX,² y otra muy diferente es suponer que en la formación

de la identidad, cohesión y unidad de Antioquia sólo incidieron factores políticos (en términos partidistas) y, en este caso particular, asociados a las guerras civiles, algo que sugiere el texto.

Aquí no se discute que los asuntos políticos llegaron a tener gran importancia en esa primera mitad del siglo XIX, que los bandos enfrentados en las guerras lo hicieron por razones de diversa índole, no siempre de carácter económico; o que el tema de la guerra fuera relevante en la época, tanto para los miembros de la élite como para los sectores populares en ámbitos urbanos y rurales. En este sentido, el libro aporta datos suficientes y convincentes. Pero sería difícil sostener, a partir de estas constataciones, el argumento de la “autonomía de la política” para explicar la formación, cohesión e identidad regional, sobre todo si se parte, en primer lugar, de una definición que no circunscriba lo político a la formación y enfrentamiento de las facciones partidistas, teniendo en cuenta que el concepto alude también a las relaciones de subordinación, dominación, consenso y conflicto entre grupos sociales, relaciones que involucran aspectos ideológicos, culturales y económicos; y en segundo lugar, si se mira más allá de los hechos de las guerras, de los comunicados que provo-

2 Sobre este debate, véase: Frank Safford. “Acerca de las interpretaciones socioeconómicas de la política en la Colombia del siglo XIX: variaciones sobre un tema”. *Anuario Colombiano de Historia Social y de Cultura*. Nos. 13, 14. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1985-1986.

caban y de las noticias que producían, se advierte que las personas que se organizaban para promoverlas, desarrollarlas y finalizarlas estaban inscritas en relaciones, experiencias y proyectos no exclusivamente concebidos para la guerra, algo que podría resultar mucho más notorio en el estudio de las redes que se crearon entre los ámbitos locales y regionales. En la valoración de aspectos económicos, sociales o culturales se nota una ponderación necesaria sobre la incidencia de aquellos en la política neogranadina de la primera mitad del siglo XIX, pues la política, aún en esa época de fragmentación de las élites, de supuesta subordinación de los sectores populares, de escaso comercio internacional y de relativa producción para el consumo interno, difícilmente existía de manera autónoma; como si los hombres que después hicieron parte de los “partidos políticos” sólo hubieran tenido pasiones y razones políticas, y ellas hubieran sido suficientes para generar cohesión, unidad e identidad en la región; como si sectores sociales no hubieran realizado una acción política independiente y autónoma, tal vez desorganizada e invisible, mediante la cual debatieron una idea de región promovida por las élites gobernantes.

De aquella premisa se deriva el compromiso con una interpretación acerca

de la identidad, unidad y cohesión de Antioquia que también es discutible. Pese a los matices que introduce, el autor dice que la “unidad y cohesión fueron en buena parte fruto de sus derrotas militares durante la época que precedió y siguió a la independencia de España”, y que la guerra fue “muy importante en su conformación [de Antioquia] como región conservadora, en su ensimismamiento y repliegue culturales, en sus perfiles políticos e ideológicos dominantes, en su talante conservador y, alternativamente, en su empeño tenaz por lograr el desarrollo económico y la acumulación de riqueza por parte de su población y de su élite de poder” (p. 19). No se pone en duda que la guerra estuviera presente en la región, que las élites tuvieran grados diferenciales de compromiso con las autoridades legales o con los caudillos regionales durante las guerras civiles y que éstas afectaran a la población, aspectos que se demuestran efectivamente en el libro. Pero, para establecer si las guerras civiles de la primera mitad del siglo XIX tuvieron el peso que asegura el autor, es necesario aportar estudios más detallados sobre el tema, que permitan profundizar en la cuestión y, sobre todo, comparar la situación de Antioquia con lo que ocurrió en Santander, Cauca o Cartagena, para sólo poner unos ejemplos.³ De lo contrario, la discusión

3 En este sentido, considero que no se debe ignorar la importancia de estudios que presenten datos sobre personas muertas y heridas, sin evadir las reflexiones relacionadas con su incidencia demográfica; sobre el impacto en las actividades productivas y sobre el robo y pillaje. Más aún, se necesita una geografía de la guerra, para establecer la manera

sobre el tema seguirá gravitando, más que en torno de datos sólidos, en afirmaciones generales resguardadas por matices que poco o nada ayudan a desentrañar problemáticas tan interesantes como las propuestas.

Una tesis como la que propone el autor, por un lado, omite el potencial de destrucción, fragmentación y escisión que contenían las guerras civiles, así se hubieran realizado con pocos recursos económicos y tecnológicos y en una provincia predominantemente conservadora; por el otro, ignora la existencia de factores que jugaron un papel igual o mayor al de las confrontaciones armadas en la unidad y cohesión de la región. Esos factores controvierten la idea de que las regiones, las naciones y los Estados se construyen desde el centro y a partir de grupos sociales concretos—como las élites.

Por ejemplo, el desplazamiento de la población por territorios deshabitados, la ocupación de predios y la fundación de pueblos permitieron el establecimiento de un espacio demográfico continuo; la activación productiva, la gestación de redes de solidaridad y comunicación, y la concentración de la población dispersa provocaron formas de asociación y vinculación de la sociedad; la construcción de caminos, la circulación de mercancías y el establecimiento de correos provocaron, en algún grado, integración y cohesión; la conformación de autoridades locales y su función como agentes de procedimientos legales, ideas y valores que produjeron cierta institucionalización y, por esta vía, contribuyeron a la centralización del poder político; el establecimiento de impuestos o formas de trabajo obligatorio que ayudaron a la

como los ejércitos controlaron el territorio e introdujeron formas de integración o fragmentación entre las localidades, el centro de la provincia y otras regiones, aunque en los capítulos 4 y 5 del libro se avanza en ese sentido; la forma como las acciones armadas definieron o diluyeron fronteras comerciales, administrativas, culturales, así como la expresión de identidad locales. También se requiere indicar de qué manera las guerras civiles sirvieron para afianzar o debilitar un orden político, es decir, si contribuyeron o no a la penetración del Estado localmente, a la institucionalización y a la consagración de unas autoridades judiciales y administrativas; así mismo, si en los lapsos de las guerras, los conservadores y los liberales proponían órdenes políticos diferentes en las localidades o si ambos compartían la aplicación, por medio del Estado, de un proyecto similar de civilización y homogeneización cultural. No menos importante es indicar cómo se fortalecieron o debilitaron los sistemas fiscales y de control del registro de población. Se debe explorar, también, las relaciones de los integrantes de los bandos enfrentados con las poblaciones que cruzaban en sus campañas armadas, así como la apreciación y la imagen que la guerra evocaba en personas o grupos sociales diferentes a la élite, a los curas o a las principales figuras de la política antioqueña, aunque sé que es difícil encontrar testimonios de esa índole.

penetración del Estado central en la vida local; el emplazamiento de instituciones y asociaciones religiosas que, como se ha demostrado recientemente, propiciaron referentes culturales y formas de identidad política e integración social.⁴

Otro aspecto que llama la atención del libro es el interés del autor por la polémica, que lo lleva a privilegiar ciertos temas que a pesar de ser importantes, pueden resultar secundarios en el momento de defender su argumento. En el libro es notorio el alegato sobre el papel desempeñado por la élite antioqueña en las guerras civiles, y las alianzas y divergencias regionales y nacionales, más que el argumento sobre el papel de esas élites en la articulación regional por la vía de la prensa partidista, del parentesco o de los negocios (aunque haga referencia a ellos), o sobre la función de las guerras en la unidad y cohesión de la región y en el forjamiento de la identidad antioqueña. Aunque estos aspectos están asociados, no son necesariamente similares, ni la explicación de uno supone automáticamente la explicación del otro, salvo que se suponga que la manera como se forma un Estado o una región se reduce a la actitud política de aquellas élites.

La formación, cohesión, unidad e identidad de una región son fenómenos mucho más complejos, que no se reducen a factores políticos o económicos o cultu-

rales o ideológicos, sino, más bien, a una yuxtaposición de todos ellos, como se indicó atrás; fenómenos que, por lo demás, implican también a grupos sociales de diversa índole, sobre los que la élite aplicó un proyecto hegemónico que pudo ser aceptado, rechazado o modificado y que, en últimas, también darían cuenta del grado de “cohesión y sentido de comunidad cultural” que se alcanzó en la Provincia. Por lo anterior, si la actitud de las élites antioqueñas en relación con los valores civiles republicanos, con la unidad territorial de la Nueva Granada, con la guerra, con los caudillos regionales o con sus bases de apoyo fue instrumental, “indiferente” (p. 92), “timorata”, “negligente” (p. 79), “pedestre” (p. 30) o “farisea” (p. 59), es cosa que tal vez aportaría a una historia política de esa élite –con el evidente riesgo que conlleva privilegiar en la explicación histórica un punto de vista valorativo sobre una descripción y explicación de un fenómeno social y político del pasado–, pero no directamente al tema de la unidad y la cohesión de la región.

Otro debate que se privilegia, asociado con el anterior, tiene que ver con el proyecto político civilista de la élite antioqueña, en el cual el autor advierte, más que un hecho concreto, una invención historiográfica viciada por el teleologismo con que algunos historiadores habrían interpretado esa época. Aunque

4 Véase: Patricia Londoño. *Religion, culture and society in Colombia. Medellín and Antioquia 1850-1930*. Oxford, Oxford University Press, 2002.

la crítica del autor puede ser válida, la fuerza de su argumento se apoya en la introducción de matices que, más que precisar, propician una interpretación ambigua. Por esto, las afirmaciones del investigador resultan, en últimas, no muy diferentes de las tesis sostenidas por los autores que controvierte. En reiteradas ocasiones ilustra cómo esa élite, por las razones que fuera (indiferencia, ambigüedad, oportunismo, vulnerabilidad, negligencia, consciencia de una desventaja, debilidad militar o mayor interés en los negocios), trató de evitar involucrarse en la guerra, por los costos que implicaba, aunque finalmente no siempre lo logró (pp. 53, 54, 79, 92, 131). Si esta práctica fue un "modus vivendi", como afirma María Teresa Uribe de Hincapié para la época inmediatamente posterior a la Independencia, o una manera de "salvar el pellejo pagando su precio en oro y sobrevivir a la inminencia de la incapacidad militar", como lo sostiene Botero Herrera (p. 30), poco cambia el contenido de decisión, de intención, de actitud consciente y racional de la élite antioqueña en relación con la guerra, que se reprodujo posteriormente en di-

versas circunstancias, como el mismo libro lo ilustra. Lo que no queda claro es, desde qué momento, para el autor, sí se puede decir que la actitud de esa élite en relación con la guerra obedecía a una "actitud política consciente".

En síntesis, el libro propone un tema sumamente complejo, que obligaría el uso de instrumentos metodológicos diferentes para abordarlo de una manera que pueda considerarse novedosa. La insistencia en un debate desarrollado por la historiografía en los años ochentas no introduce, por sí misma, un nuevo enfoque para describir e interpretar ese periodo, pese al aporte documental de este trabajo. Por lo demás, el argumento de la guerra como factor central en la formación, cohesión y unidad de la región, requiere de estudios que profundicen más sobre el fenómeno y, sobre todo, que digan cómo se experimentó en diferentes sectores sociales y espacios geográficos de Antioquia.

Juan Carlos Vélez Rendón
Profesor e Investigador
Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia

Fernando Giraldo y Mauricio Solano (editores).

Partidos, reforma política y referendo.

Bogotá, Centro Editorial Javeriano, CEJA, Universidad Javeriana
y Fundación Konrad Adenauer, 2003, 145 pp.

Durante el 2003, el tema de los partidos y movimientos políticos colombianos fue objeto de innumerables foros y discusiones. En los salones de clase, en los grandes auditorios, en las cafeterías y pasillos y hasta en los hogares se pusieron de moda palabras como referendo, reforma política, umbral electoral, elecciones, entre otras. Antes, durante y después de esos eventos se escribieron no pocas columnas de prensa, artículos y ponencias que, si se llegaran a recopilar, alcanzarían a formar varios volúmenes.

Sin embargo, los esfuerzos por sistematizar estos eventos y convertirlos en libros fueron realmente pocos, comparados con el caudal de información. Uno de ellos es la publicación *Partidos, reforma política y referendo*, editada por la Universidad Javeriana y la Fundación Konrad Adenauer, bajo el cuidado de Fernando Giraldo y Mauricio Solano, como resulta-

do de un foro académico internacional que llevó el mismo nombre.

El centro de la discusión de este trabajo son los partidos políticos, y la pregunta implícita en varias de las ponencias indaga por la necesidad o no de que existan en Colombia partidos fuertes, organizados y democráticos. Las posiciones sobre este interrogante oscilan entre dos extremos: para algunos, nuestra democracia ha funcionado relativamente bien con los miles de “pequeños partidos” que tenemos; y para otros, es necesario consolidar unos pocos partidos fuertes que respondan a una determinada ideología y actúen en el Congreso como bancadas.

El libro está dividido en cinco capítulos, en cada uno de los cuales se presenta una ponencia a cargo de un experto, y el comentario de otro investigador sobre el tema. El primer ensayo, “Los partidos políticos y la democracia en

Colombia (1958-2002). Una historia natural del vicio y la virtud”, del profesor Francisco Gutiérrez, constituye un importante esfuerzo por leer lo que ha pasado en Colombia durante las últimas cuatro décadas con los partidos políticos a la luz de ese clásico venerable que es *Los partidos políticos*, de Maurice Duverger. Avanzando más allá de la pregunta teológica por la existencia o no de los partidos políticos y reconociendo la falta de estudios y monografías serias sobre el tema en Colombia, Gutiérrez sugiere que el texto de Duverger puede ser de gran utilidad puesto que desarrolla tres problemas centrales para la comprensión de la evolución de los partidos: “1. La manera en que las reglas, las técnicas y los procesos de innovación interactúan para conformar líneas de fractura y nichos partidistas. 2. La relación entre cambio político y aprendizaje. 3. La tensión (posible) entre tecnologías políticas exitosas y régimen democrático” (p. 21).

Es conveniente anotar que el trabajo de Gutiérrez Sanín hace parte de una serie de reflexiones que el autor viene haciendo desde hace algunos años sobre temas como la forma en que se configuran y tejen las redes clientelares

en la ciudad de Bogotá y la relación entre violencia y sistema político, además de estudios concretos sobre la manera en que los partidos políticos han llegado al Congreso de la República y cómo se han desenvuelto en éste, y sobre la organización interna de los partidos, en especial la del Partido Liberal. Por ello, existe una clara línea de continuidad con elaboraciones previas, dedicadas a revisar particularmente lo que ha pasado con el Partido Liberal.¹

Empero, como bien lo dice Andrés Dávila en el comentario que hace del texto, éste “va más allá de la simple extensión de tales planteamientos, y ofrece reflexiones y aproximaciones novedosas apoyadas en renovadas lecturas de clásicos como Maurice Duverger, así como una ampliación del ámbito explicativo al hablar de los dos partidos tradicionales, en vez de hacerlo de manera exclusiva del Partido Liberal” (p. 57).

En la primera parte de su ensayo, Gutiérrez Sanín pone a punto el arsenal teórico y metodológico de la obra de Duverger, y con el fin de analizar posteriormente el caso colombiano, aborda tres periodos: el Frente Nacional (1958-1974), un periodo de apertura y ajuste

1 Véanse, por ejemplo: Francisco Gutiérrez Sanín. *Colombia, cambio de siglo: balances y perspectivas*. “Democracia dubitativa”. Bogotá, Iepri, Editorial Planeta, 2000; *Degradación o cambio. Evolución del sistema político colombiano*. “Historias de democratización anómala: el Partido Liberal en el sistema político colombiano desde el Frente Nacional hasta hoy”. Bogotá, Norma, 2002.

Libros

(1974-1991), y otro posterior al cambio constitucional de 1991. La premisa de la que parte es la siguiente: "El enfoque de Duverger puede ofrecer un buen conjunto de preguntas características para comenzar a entender lo que ha estado sucediendo puesto que [...] liga de manera explícita el mundo concreto de las prácticas políticas con el marco institucional general y el tipo de regulación del Estado. Es decir, vincula la tecnología política con el régimen en el que ésta se usa y se produce" (p. 22). En este sentido, la primera limpieza conceptual que hace Gutiérrez parte de una pregunta que parece sencilla: ¿qué es un partido político? La respuesta va más allá de los debates en torno al carácter programático o ideológico de estas organizaciones y aquí nuevamente, a riesgo de extremar el argumento, se apoya en el clásico francés: un partido político sería el encuentro "entre empresarios políticos exitosos y nichos sociales específicos" en los cuales los nexos trascienden la ideología y se aproximan a un modo de vivir la vida. Además de esa definición, para el estudio de los partidos colombianos, el clásico de Duverger puede ofrecer cinco elementos resumidos así: un terreno de análisis, un foco de atención, un conjunto de criterios para evaluar el éxito o el fracaso de los agentes políticos, unos microfundamentos y una perspectiva de cambio institucional (p. 25).

Con estos elementos, el autor se aventura a analizar el caso colombiano en los tres periodos señalados. Del Fren-

te Nacional, reconoce y resalta su carácter de acuerdo "consociacionista" (siguiendo a Liphart y Hartlyn) y de paz entre los partidos colombianos. Además, destaca dos aspectos claves que caracterizaron la vida partidista en 1958: en primer lugar, los partidos estaban divididos en "casas", conformadas por las corrientes de los ex presidentes de la República, que daban la idea de una posición particular en el espectro izquierda-derecha, aunque no se puede negar que tenían sus órganos de dirección; y en segundo lugar, la estructura vertical de los partidos correspondía, de alguna forma, a la pirámide social. Pero como lo señalan Gutiérrez en su texto, y Andrés Dávila en su comentario, en 1968 se pueden ver "ya facciones regionales pequeñas chantajeando a los partidos y al presidente en temas de importancia nacional." El resultado de ello fue aceptar el poder de los líderes locales y regionales y, de paso, asumir un cambio en la estructuración de los liderazgos partidistas.

El periodo de apertura y ajuste se caracterizó por la aparición en escena del "turbayismo" y de fenómenos similares que, de no ser por el auge de las bonanzas ilegales y el comienzo de "la guerra en sí", hubieran constituido "el reemplazo normal de la política de notables por la de profesionales en sistemas políticos carentes de un partido obrero fuerte". En términos partidistas, el resultado fue la consolidación de faccionalismos en el Partido Liberal y las tendencias coalicionistas en el Partido Conser-

vador, que utilizó inteligentemente el tema de la paz como algo que “estaba por encima de los partidos”, lo cual en 1982 se tradujo en la llegada de este partido a la Presidencia de la República. En consecuencia, se trataba de la configuración de un sistema de partidos sin centro, sin organización y sin disciplina.

En cuanto al periodo posterior al cambio constitucional, Gutiérrez destaca la aparición de lo que se ha llamado la “nueva política”, que provenía de cuatro fuentes: los diseños institucionales destinados a promover la renovación del personal político y a acercar las instituciones a la gente, la propuesta de remplazar los viejos agentes por otros nuevos, la necesidad de encontrar formas de apelación distintas y otros estilos políticos, y la ruptura dramática de las élites socioeconómicas con los partidos tradicionales colombianos (pp. 35, 36). Esa “nueva política”, en la que muchas veces se camuflaron algunos líderes tradicionales que decidieron súbitamente llamarse “independientes”, mientras más trataba de distanciarse de lo tradicional, más se asemejaba a ello: “radicalmente particularista, sin organización, sin destrezas en el manejo del Estado o de la mediación, y sin un atisbo de responsabilidad política”.

La conclusión más importante que ofrece el texto de Gutiérrez Sanín puede resumirse con la expresión “democratización con deterioro”. El autor la explica así: “Los partidos políticos perdieron su es-

tructura elitista –las casas– y después el control sobre las listas electorales, lo cual permitió el ingreso masivo de un nuevo personal político dentro de los partidos tradicionales. Pero esto sucedió con una criminalización enorme de la vida pública” (p. 38). Lo positivo que trajo consigo la democratización de las estructuras partidistas se vio empañado por la pérdida de organización, disciplina y lealtades, además de la creciente criminalización de la vida pública. En síntesis, este artículo, apoyado en una renovada lectura de Duverger, ofrece elementos que permiten seguir la evolución de nuestras organizaciones partidistas en el transcurso de las últimas décadas.

El segundo capítulo del libro, titulado “Papel de los partidos políticos tradicionales en las campañas electorales contemporáneas” y escrito por Rodrigo Losada Lora, se apoya, para leer la realidad colombiana, en la definición que ofrece otro clásico del tema de partidos políticos: *Partidos y sistemas de partidos*, de Giovanni Sartori. En efecto, Sartori define los partidos políticos como “cualquier grupo político que se presenta a elecciones y que puede colocar mediante elecciones a sus candidatos a cargos públicos”. Más allá de los aspectos ideológicos o programáticos, de la necesidad de la existencia de partidos fuertes, el partido es definido de forma instrumental y esto le permite a Losada efectuar aseveraciones que no dejan de ser problemáticas.

La primera de ellas sugiere que, de acuerdo con la definición de Sartori, los partidos pueden ser organizaciones de larga tradición, al igual que fenómenos de una sola campaña electoral. En ese mismo sentido, más adelante sostiene que “las llamadas hoy en día microempresas electorales son, en realidad, un partido político, al menos en tanto demuestren una capacidad razonable para ‘colocar mediante elecciones a sus candidatos en cargos públicos’” (p. 67). Cabría preguntar, como lo hace Oscar Delgado en su comentario, ¿todas esas microempresas en un mismo saco? Habría que agregar a esto que dicha concepción nace de una lectura ligera de la definición de Sartori² y de la ausencia, como también lo señala Delgado, de una taxonomía mínima de “familias políticas” o “político electorales” en el texto.

La segunda aseveración de Losada, con la que puede haber un mayor acuerdo, sostiene que para las elecciones a las corporaciones públicas predomina ampliamente, sin excepción, la autoselección. Esta es una conclusión a la que ya Eduardo Pizarro había llegado insistiendo que es el candidato quien elige al partido y no al contrario. Sin embargo, cuando el

análisis casi se extrapola a la rama ejecutiva y se asevera que “[...] en los veinte años recientes, parece que el manejo efectivo de toda campaña presidencial, liberal o conservadora, se ha desarrollado al margen del partido político correspondiente”, cabe decir, por lo menos, que un juicio como éste carece de valor si no se sustenta en un trabajo documentado empíricamente.

El autor también se pregunta por los factores que han incidido para arribar a la situación actual sin llegar a idealizar un pasado glorioso de los partidos en Colombia. Al parecer, en ello influyeron algunas tendencias internacionales, al igual que la propia legislación del país. Dentro de los fenómenos internacionales se señalan la concentración creciente de los medios de comunicación, un desafecto hacia los partidos políticos, la desconfianza hacia los partidos y los políticos, entre otros. Y en cuanto a nuestra legislación electoral, se subraya cómo al haber adoptado el sistema de representación proporcional de Hare, el país acogió el sistema más favorable para las facciones dentro de los partidos. Finalmente, Losada hace algunas apreciaciones sobre las propuestas de reforma política

2 La de Sartori es una definición mínima de partidos que, en palabras del mismo autor, sólo sirve para “disipar la indefinición”, pero carece de capacidad explicativa y predictiva. Estas sanas aclaraciones de Sartori son pasadas por alto por el profesor Losada, con lo que le quita el carácter de límite inferior, es decir, una herramienta para determinar qué entra y qué no entra en la clasificación y la coloca como una especie de definición canónica de partidos políticos. Véase: Giovanni Sartori. *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid, Alianza Universidad, 1992, pp. 89-91.

que se discutían en el momento. Es, en síntesis, un artículo polémico que pone en cuestión la idea según la cual la democracia colombiana debe funcionar con partidos robustos.

Una posición distinta puede leerse en el artículo de Elisabeth Ungar Bleier, "Partidos políticos y trabajo parlamentario en Colombia. Un matrimonio indisoluble", en el que se parte de aseverar que partidos políticos y trabajo parlamentario son dos conceptos inseparables, por lo cual la supervivencia y la fortaleza del Congreso depende de la supervivencia y la fortaleza de los partidos políticos. El texto puede considerarse una continuación del trabajo sistemático que desarrolla la autora sobre el Congreso y la forma en que actúan allí los partidos políticos colombianos.

En su inicio, el artículo logra hacer una aproximación a la relación entre partidos y Congreso. En primer lugar, se señala cómo pese a los cambios que instauró la circunscripción nacional para Senado en la Constitución, la tendencia predominante sigue siendo la de candidatos de origen regional, aunque han surgido algunos liderazgos nacionales. Y, junto con otros analistas, Ungar muestra que los votos obtenidos en una región o en pocas regiones siguen siendo definitivos para la elección de muchos senadores. En segundo lugar, se alude al personalismo y la atomización de los partidos como a una tendencia indeseada y casi consecuencia de los arreglos constitucionales recientes. Quizá sea impor-

tante precisar que esta tendencia, que puede visualizarse en la proliferación de listas y en el aumento del número de partidos, no comienza con la Constitución de 1991 sino que ya en décadas anteriores se nota el proceso de atomización de los partidos que, sin duda, se profundiza en el último decenio. Ungar logra mostrar, no obstante, cómo el microempresariado electoral actúa en detrimento de la eficiencia y la efectividad de la actividad legislativa.

En el acápite siguiente, la autora examina la dispersión temática en el control político y el trabajo legislativo. Allí llega a una conclusión que demuestra con un seguimiento sistemático al trabajo del Congreso: "la falta de unidad temática de los partidos en el Congreso se explica, por lo menos en parte, por la ausencia de directrices partidistas que orienten el trabajo legislativo. Los senadores y los representantes legislan y ejercen el control político en forma aislada sin asociarse con sus copartidarios [...], esta situación va en detrimento de la calidad y la eficiencia del trabajo legislativo, pues la laxitud de los congresistas para presentar proyectos de ley y citar debates de control político genera congestión y obstaculiza los procedimientos" (p. 92).

La última parte del texto está dedicada a analizar el comportamiento de los partidos políticos en el trámite del referendo. Al final se esboza, desde el deber ser, la conclusión del artículo: "El fortalecimiento del Congreso pasa necesariamente por el fortalecimiento de

los partidos: de su representatividad, de su coherencia programática, de su sensibilidad ante los problemas de la sociedad, de su capacidad organizativa, de su democracia interna, de su disciplina [...]” (p. 99). Como se puede notar, esta es una posición diametralmente distinta a la sugerida por Rodrigo Losada en su artículo.

Por su parte, el profesor Gabriel Murillo, en su ponencia “Representación y participación: dos dimensiones complementarias en la vida de los partidos políticos”, realiza una radiografía del estado actual de la crisis de los partidos políticos latinoamericanos y sugiere, de entrada, que la democracia en su dimensión tanto representativa como participativa es inconcebible sin los partidos políticos. Siguiendo a Payne, señala que los partidos “son esenciales en el reclutamiento y la selección de los candidatos para los cargos de elección popular, en la organización del proceso electoral, en la consecución de apoyo político necesario para determinados programas de políticas públicas, en la agregación de los intereses y de las preferencias ciudadanas, en la conformación de los gobiernos, y en los acuerdos producto del trámite legislativo” (p. 107).

Mas allá de su deber ser, los sistemas de partidos políticos en América Latina pueden caracterizarse por su pobre grado de institucionalización, su fragmentación y su alta polarización, en un contexto de procesos de globalización,

urbanismo y secularización de la actividad política. La crisis de los partidos y del sistema de partidos está asociada tanto con su incapacidad creciente para articular y representar los distintos sectores de la sociedad como con la consiguiente pérdida de credibilidad y legitimidad frente a la ciudadanía. Sin embargo, dicha crisis va más allá de éstos, puesto que se puede hablar en general de una crisis de representación política. El autor señala tres aspectos relativos a esta crisis: la desideologización, la desmovilización y la erosión de su identidad colectiva. Dos consecuencias para el conjunto del sistema político se derivan de la crisis de representación política que se describe en el texto: por un lado, los personalismos juegan un papel cada vez más importante y nocivo en el proceso electoral; por otro, los partidos actuales se están reemplazando por entelequias suprapartidistas, sin importar si se trata de opciones gubernativas deseables y si pueden establecer claramente un sistema que ubique el binomio gobierno-oposición. Finalizando el artículo, Murillo enuncia algunas funciones que deberían cumplir los partidos en el marco de la democracia participativa y en su interacción con el Estado y la sociedad civil, y otras que considera opcionales, tanto si se trata del partido en el gobierno o en la oposición.

El último artículo del libro, “Partidos políticos y medios de comunicación. En tiempos de mediocracia”, de Juan Gabriel Rey, examina las relaciones actuales entre

partidos políticos y medios de comunicación, y ubica a estos dos actores en el marco general de la democracia. El texto pretende demostrar que los partidos políticos han sido desplazados por los medios de comunicación y describe cómo se ha diluido su poder de influencia en ellos: "Los medios de comunicación, además, han ido reemplazando a los partidos en funciones que eran inherentes a ellos, como ser los que efectuaban el proceso de selección de los candidatos" (p. 138). Sin embargo, tal vez sea importante señalar que el accionar de los partidos no se agota en los medios, como lo sugiere Javier Auyero: "Si bien creo que sería erróneo oponer la red mediática a las redes sociales interpersonales, creo que una excesiva atención a la primera nos puede hacer perder de vista una dimensión que buena parte del análisis sociológico aún considera central: en la

era de la videopolítica y de la construcción del acontecimiento político en las escenas mediáticas, los contactos interpersonales siguen siendo esenciales".³

En conjunto, el libro ofrece pistas interesantes para considerar a los partidos políticos en relación con asuntos de gran importancia como el parlamento, la democracia, las campañas electorales, los medios de comunicación, entre otros. En tiempos en que se reclama su muerte, la importancia de los partidos, débiles o fuertes, vuelve a ser considerada debido a su persistencia.

Juan Carlos Escobar Escobar
Profesor e investigador
Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia

3 Javier Auyero y otros. *¿Favores por votos? Estudios sobre clientelismo político contemporáneo*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1997, p. 19.